

Ya va la noche desdoblado el manto,
 Pues no vienen estotros ganaderos,
 Levántate pastor de aqueso canto,
 Llegaremos nosotros los primeros,
 Que la mitad nos falta del camino
 Y allá nos hallarán los compañeros.
 Ya parece el sepulcro de Carino;
 Aquí donde hacen leña los serranos
 Suene otra vez tu canto peregrino.
 Pasaremos con gusto aquestos llanos,
 Despues de haber atado nuestros haces
 Secos, porque nos sean mas livianos.
 Ola, pastor, respóndeme, ¿que haces?
 Ayúdame á cargar mi hacecillo,
 Porque cargado tú no te embarazes.
 Y saca antes del seno el caramillo,
 Con que el camino menos le sintamos,
 Primero aguarda, cogeré este grillo.

ARISTEO.

Carillo, lo que importa mas hagamos,
 Que allá despues con gusto cantaremos
 Cuando nuestras hogueras encendamos,
 Y la pesada hambre mitiguemos.

 EGLOGA OCTAVA.

Luego que con nuestros cantares llegamos al deseado fin, en aquel mismo lugar que el camino en dos se dividia, á cada uno fue lícito recogerse á su cabaña, y yo por la senda que á la mia guiaba tal iba, que de buena gana trocara el haber visto milagros tan celestiales por la soledad que con su ausencia tenia. Pues como un dia, entre otros, sucediese que los mas valientes pastores de aquellos campos se hallasen juntos cerca de un pequeño rio, que cubiertas las claras ondas de sauces y fresnos con admirable quietud sigue su curso, Melancio, que aunque no del todo contento no sin mucha esperanza de estarlo vivia, al son de una flauta que Rosanio le tocaba así le oimos cantar este soneto:

MELANCIO.

Yo ví lloviendo aljofar dos estrellas
 Del cielo, donde amor su gloria tiene,
 Y entre un grano que va y otro que viene
 De un abrasado aliento mil centellas:
 Prendieron en mi alma todas ellas,
 Que amor que la lastima y entretiene
 Gusta de darle porque viva y pene

Vida en mirallas y dolor en vellas:
 Milagro es que al placer falte contento,
 Que el regocijo llore es nueva historia,
 Y yo que en verlo cobre mi alegría:
 Mas que con agua de ángeles y aliento
 De ámbar me haga amor infierno y gloria,
 O es fuerza suya, ó gran flaqueza mia.

Bien se descubrió en el pastor con la suavidad de la voz la mejora de su pecho, y lo que pueden ocasiones en quien se deja gobernar dellas. Y mas cuando con un baston de acebo en la mano, guarnecidos los extremos de blanco estaño, se levantó de un seco tronco de oliva donde sentado estaba, y llegándose á Fileno que algun tanto desviado de nuestra conversacion al pie de un castaño mas que todos temeroso y triste yacia, casi obligándole por fuerza á dejar sus importunos cuidados, así le dijo: No sé, extrangero pastor, que causa puede haber para que así apartado de nosotros y como despreciando nuestros placeres no hagas mas que derramar dolorosas lágrimas. ¿Por ventura á tí solo juzgas en el mundo merecedor de tal oficio, donde apenas se halla un corazon que podamos llamar perfectamente contento? Deja, zagal, ejercicio tan importuno, que si el tiempo ahora no tan en tu favor se muestra como tus cosas piden, ya tras oscuros y revueltos nublados muchas veces vimos salir el sol que nosotros juzgábamos por

perdido, y si aquel valor que en tí se muestra no tan solamente está en la corteza, como no es cosa digna de creer, á lo menos puedan hoy mas contigo nuestros ruegos que tus cuidados, y poniéndolos por un rato en el olvido y holganza que á tu salud conviene, con suave voz alegría nuestras riberas, porque tan contentas de escucharte como hasta ahora deseosas han estado de oírte, en tanto que tu canto dura, nuevas yerbas y flores ofrezcan á nuestros rebaños. Y porque no entiendas que mi presuncion acaso pretende dejar sin premio tu trabajo, esta última vez que á la ciudad fuí á vender bien doce mantecosos quesos que de mi cosecha tenia, no muy desviado del camino, como por feliz agüero de mi vuelta, me hallé un pequeño globo que de fino oro me certifican ser, de aquel tamaño y grandeza que solemos coger las amarillas ciruelas de los silvestres árboles, pero de mano tan artificiosa obrado, que en él por orden toda la descripción de la tierra perfectamente está esculpida, sin que haya rio tan apartado ó fuente tan poco conocida que allí no ocupe suficiente lugar. Y creo que si este para tanta obra estrechísimo no fuera, no solo las selvas, los bosques y las grandes ciudades, mas toda la diversidad de animales que la naturaleza ha producido se viera en él trasladada; que no á otro fin en algunas particillas así se ven comenzados á labrar, que quien con cuidado los mirare no dirá

que vivos esten, mas que la tierra á medio formar en aquel punto los vaya produciendo de la suerte que á la primera voz de su divino artífice fueron saliendo de sus entrañas. Y aunque esta curiosidad es tal, como por lo dicho se deja entender, lo que en mi opinion tiene mayor estima es un pequeño retrato del amor que en lo alto del globo como supremo señor de tal manera está entallado que á nadie su hechura dejará de causar admiracion; y de un bosque que á sus espaldas está parece salir un escuadron de ninfas, que quien con cuidado no las mirare bien creerá que menudas hormigas sean, con tal concierto, que habiéndose la una adelantado y viendo al amor dormido, sutilmente le hurtó el arco y flechas; y las otras mas atentas á huir su daño que á mirar el sutil robo de su compañera á todo correr se van entrando por una cueva. Y mira cuanta puede ser la materia en que estas cosas están labradas, que toda la estatua de Cupido no sirve de mas que de una sutil asa, de adonde colgado el pequeño globo mejor se pueda ver su artificio: mas otra cosa queda por contarte que escondida está en su secreta concavidad, que cierto temerosa es de decir y no sin gran reverencia se ha de tratar, como quiera que no se pueda presumir ser otra que alguna oculta deidad que allí tenga su dorado asiento, porque á ciertos tiempos del dia dentro se oye un ruido tan admirable, que sin

que nadie tenga cuidado de moverle con su lenguaje celestial concertadamente señala cualquier parte de nuestra vida; por lo cual, si á dicha no es aquella dorada manzana, de quien se cuenta que tres diosas incitadas de su valor por alcanzarla inquietaron el mundo, yo diria que para medir nuestras vidas algun oculto instrumento sea hecho de los soberanos dioses, nunca hasta ahora con los hombres comunicado. Pues este milagroso globo lleno de secretos divinos, cualquiera cosa que sea, aunque á nuestra Palas le tenia consagrado, desde hoy quiero que sea tuyo, así porque anoche defendiste mi rebaño de las peligrosas asechanzas de un hambriento lobo, como porque ahora seas contento de alegrar con tu música nuestros collados. Entonces Melancio, metiendo la mano en su zurrón y sacando el curioso globo, todos por satisfacernos fuimos á ver lo que antes dudábamos; y bien que en el exterior lustre todo hecho de una masa de oro pareciese, Clandro en semejantes cosas sobre los demás advertido no de oro lo juzgó, sino de aquel metal que son los mas finos cencerros que á nuestros mansos solemos poner, por cuya causa fue en mas tenida la curiosidad de su artífice; y Fileno, á quien el precioso don se ofrecia, tomándolo en la mano como si en él fuera leyendo estos versos así comenzó á cantar:

FILENO.

Todo tiene su fin, todo es prestado,
 Que el tiempo medicina de pasiones
 A todo pone límite y medida,
 Trocando y destrocando condiciones.
 Trueca y destrueca el bien mas asentado,
 Si asiento tiene el bien en esta vida:
 La selva mas florida
 Muere sin el verano,
 Y al prado mas lozano
 Suele faltar la fuente mas lucida.
 El surco, que antes producía abrojos,
 De roja mies crecida
 Nos dá ya los mas fértiles manojos.
 Nace el invierno, y á las tiernas rosas
 Sucede un cierzo que con sopro helado
 Desnudo deja el campo de frescura:
 Mueren secas las flores en el prado,
 Ni queda en las riberas mas umbrosas
 Rastro de su pasada hermosura.
 Y mientras esto dura,
 Y con la blanca nieve
 Toda la sierra llueve
 Arroyos sin sazón á la llanura,
 Ni suena caramillo, ni hay quien diga
 En tonos de dulzura
 Primores ó querellas de su amiga.
 También quien viere el campo desta suerte,
 Apenas quedará con esperanza
 De verlo en su pasada primavera.
 En todo imprime el tiempo su mudanza,

Y todo tiene fin, sino esta muerte
 En que Tirrena gusta que yo muera:
 Nadie está de manera
 Que una ocasión cumplida
 No le dé nueva vida
 O mas dichosa ó menos lastimera;
 Ni habrá tan desterrado peregrino
 Que no halle siquiera
 Donde sentarse al fin de su camino.
 Si yo dijese que de mis fatigas
 A mi ocasión ninguna me reserva,
 Quizá que no seré, selvas, creído;
 Ora tendido en la florida yerba,
 Ora cogiendo al sol secas espigas,
 O al fuego por el hielo recogido,
 Nunca también me ha ido,
 Que vea el rostro enjuto
 Y se alce este tributo,
 Que en lágrimas me tiene consumido,
 Siempre llorando como ahora hago,
 Que Tirrena ha querido
 Darme de mis servicios este pago.
 Si algún soplo de amor en vos se mueve,
 Silvestres sauces, álamos sombríos,
 Encinas deste bosque consagrado,
 Estas palabras y suspiros míos
 Allá los recoged, allá los lleve
 Mi canto en estos montes sepultado,
 Donde en lo mas callado
 Libres del libre viento
 Alcancen por asiento

El tronco menos seco y mas guardado;
 Y allí por verdes cuevas escondidas,
 Del mundo renovado
 Sin escuchar mi voz serán oidas.
 A tí, cancion, esta callada selva
 En herencia te quede,
 Hasta que el cielo haga, como puede,
 Que amor de adonde estás te desencante,
 Y otra ocasion te vuelva
 Son menos triste y voz mas elegante.

Habiános sido á todos el curioso don de Melancio de no pequeña admiracion por ser grande su artificio, y la obra digna de no traerse entre rústicas manos; mas las rimas que Fileno cantó fueron tan poderosas, que haciendo olvidar los primeros loores con otros mas aventajados, subimos al segundo artifice á la difícil cumbre de alabanza; y en estas cosas habiendo perdido la mayor parte de la mañana, porque el sol algo desapacible hacia el lugar, todos de comun parecer nos dispusimos á buscar donde pasar la siesta con mas descanso y gusto, y quien señalando una fuente, quien otra, y cada uno pintando la suya de frescura mas aventajada, todos al fin de comun parecer nos fuimos á una alameda que en la ensenada del rio se hacia, así porque el lugar era apacible y comunmente visitado de los pastores, como porque en él habia tierna yerba para los ganados que delante de nosotros poco á poco por entre

los árboles comenzaron á caminar hasta las riberras del estrecho rio, donde habiendo primero devotamente pedido licencia para pasar á las sagradas ninfas habitadoras de aquellas aguas, y juntamente perdon si acaso de nuestros descomedidos pies turbadas, menos transparentes y limpias que solian ó con algun mortal color bajasen á sus cristalinos aposentos; y esto tres veces con humildad pedido y dellas otras tantas, á lo que se puede entender, otorgado, nuestros rebaños comenzaron á pasar, llevando cada uno en sus hombros los corderillos mas tiernos, temeroso que alguna enemiga corriente del abrigo de sus madres los arrebatase; y habiendo desta suerte con mucho placer y grita llegado á la otra parte del rio, desde luego nos hallamos en la deseada alameda, donde por las cortezas de los árboles tanta variedad de amorous versos se hallan escritos, que venturoso se llamaria el pastor que en la memoria los tuviese, ó á lo menos otros á su semejanza acertase á cantar; y Rosanio, que entre los que allí íbamos de florido ingenio y corazon enamorado era, sacando una podadera que en su ancho cinto traía, tan reluciente y limpia que hasta entonces en ningun ejercicio habia servido, habiéndola primero en una piedra bastante afilado, vuelto á nosotros dijo: Yo ahora, pastores, en la corteza deste álamo de mi mano pienso entallar un nombre que con vivas letras amor en mi alma tiene escrito, con

tal concierto que si alguno aquí tan entendido se hallare que la cifra en que le pusiere por sí solo acertare á leer, esta nueva podadera sea el premio que celebre su aventajada habilidad, con que despues de labrar sus huertos en los mas crecidos árboles pintar podrá con vivos rasguños la hermosura de Menga, los fuegos de Filis, ó inmortalizar las alabanzas de su Mecenas, si alguno tuviere; y diciendo esto, porque de todos el pastor dignamente era amado, deseosos de darle gusto, sin nos ocupar mas en leer otros árboles, al que habia escogido nos llegamos, que para tan alta dignidad como los derechos cipreses á los humildes parrales así á los demas en hermosura y grandeza se aventajaba; y allí de los que le seguíamos con gran placer rodeado, al son de nuestras zampoñas comenzó á labrar su cifra y cantar desta manera:

Dulce regalo de mi pensamiento,
 Otra alma nueva para el alma mia,
 Nueva á los ojos, no á la fantasía,
 A quien hizo el amor su eterno asiento:
 Ya que ha llegado á colmo mi contento,
 Si la esperanza en que este bien vivía
 A los dos no fue incierta profecía,
 Baste ya el padecer, baste el tormento.
 El pecho, que en tus gustos abrasarse
 Dulcemente se deja, te suplica
 Echese de ver su fe no ser fingida.

el Tomará en esto fuerzas de arrojarse,
 O nombre ilustre, á hacer por ti una rica
 Barata el alma de su nueva vida.

La cifra de Rosanio, su deleitoso canto y nuestra música no sin gran placer se acabó á un tiempo: mas aunque muchos en la pastoral junta habia que en ingenio y habilidad con los del antiguo Seбето pudieran competir, ninguno por entonces se halló que la entendiese sino fue el vaquero Meliso, que agúdamente con otra tal descubrió lo que á todos era encubierto, ora fuese que Rosanio le hubiese comunicado el secreto, ó que el artificio del soneto ó las letras dél se lo dijessen, ó, lo que mas razonable es de creer, él solo conociese la pastora á quien las alabanzas se encaminaban: él á lo menos no como los demas se ocupó mucho tiempo en mirar lo que nuestro pastor escribia, antes poniendo toda la atencion en su canto, mientras él duró, con gran sutileza lo fue escribiendo en una delgada corteza de árbol, y ésta de lirios y rosas coronada, y ayudándole todos con música la colgó encima del disfrazado nombre, con que al agradecido Rosanio grangeó la voluntad de suerte que no solo le dió la prometida podadera, como á mas cierto adivinador de su enigma, mas quitándose del cuello una curiosa zampoña de siete desiguales cañas con tal artificio labrada, que cualquiera pastor muy presumido

se podría preciar de tocarla, dándosela así le dijo: Toma, venturoso serrano, el don mas acomodado á tu suerte que las sagradas musas te pueden ofrecer, que yo en su nombre felizmente adivinando lo que de tí el mundo espera, de hoy mas te prometo que así con esta zampona hagas resonar por las floridas riberas el venerable nombre de Belisa, que todo lo pasado se juzgue sombra de tu prometido valor. Meliso entonces tomando sus premios y rindiéndole amigablemente las gracias, todos con gran regocijo y placenteras burlas nos fuimos á una clara fuente que del socavado engaste de un álamo salia, y allí sin guardar orden, sobre la menuda yerba sentados nos comenzamos á entretener en varios ejercicios: quien alabando con encarecidos versos la lozanía de sus vacas, quien las hechuras de sus mastines, ó la braveza de algun zeloso toro que afrentosamente vencido los temerosos bramidos sube al cielo; y aun alguno entre nosotros habia que codicioso de labrar una zampona, escogiendo los mas delicados cañutos, los otros apartaba para con blancos mimbres hacer despues una curiosa jaula, cantando á vueltas destas ocupaciones unos amores agenos y otros sucesos propios, y todos al fin cosas aunque humildes de mucho gusto y pasatiempo; quando Leucipo, que por aquel tiempo el Apolo de aquellas cabañas era, rogando á Meliso le prestase el son de la nueva zampona, vuelto

al vaquero Alcino así comenzó á cantar, y así Alcino á responderle:

LEUCIPO. ALCINO. ALCEO.

LEUCIPO.

Aun no han de todo punto enmudecido
Nuestras selvas, pastor, cual yo entendia,
Que dó quiera hay un Titiro escondido.
Tal se puso á cantar zeloso un dia,
Que tambien el de Mantua le rindiera
La zampona á su voz, cual yo la mia.

ALCINO.

No dudes, ó Leucipo, si me viera
Libre deste veneno y sus pasiones,
Cual antes ya me ví que le bebiera;
Que entre nuestras chozuelas y rincones,
Por mas que el tiempo estrague las edades,
Nos faltasen mil nuevos Coridónes.

LEUCIPO.

¡O ya pluguese al rey de las deidades,
Que en sillas de oro asisten en el cielo
Al gobierno de humanas libertades,
Contra aqueste tirano del consuelo
Tal ley entre las otras dispensasen,
Que las suyas pusiese por el suelo,
Con que los corazones se vengasen;
Y á costa, como es justo, de un culpado,
Las de tantos agravios se pagasen!

ALCINO.

Quando, como tú sabes, desterrado

Dejé en esta ribera mi contento,
 Y á ver nuevas regiones fuí forzado,
 Por un día salí y estuve ciento;
 Que á los que como yo son venturosos,
 Así les cumple el tiempo el pensamiento.
 ¿Que contaré de rios caudalosos,
 Que alguno en grandes lagos se perdía,
 Cercados de sepulcros temerosos?
 Allá subido el hielo el cristal cria,
 Y tal vez si un pastor conmigo hablaba,
 Aunque cerca estuviese no le oía;
 Que apenas la delgada voz dejaba
 De la boca el espíritu templado,
 Cuando un hielo en el aire la cuajaba.
 Mas luego que apuntaba el sol dorado,
 Vieras nuestras palabras desasirse
 No sin admiracion del ñudo helado,
 Y con parleros vuelos esparcirse,
 Cual aves que la red dejan deshecha,
 Y al cielo en vario son sienten subirse.
 De aquí fue donde el sol sus rayos echa,
 Con tal rigor, que deja por el llano
 La tierra entre el calor cenizas hecha.
 Temieras ver su rostro soberano,
 Clarísimo y tan bajo, que pudieras,
 A no quemar, tocarlo con la mano.
 Unas gentes allí viven tan fieras,
 Que por no verlas de temor y espanto
 Con el sayo los ojos te cubrieras.
 Desdobra el cielo su estrellado manto,
 Y hablan las estrellas con los hombres,

En un lenguaje temeroso y santo;
 Y desto, ganadero, no te asombres,
 Que si los cuentos no son hablas vanas,
 Las estrellas tambien tienen sus nombres,
 Y antes de gozar sillas soberanas,
 Cual nosotros vivieron en el suelo,
 Vistiéndose tambien sombras humanas;
 Mas despues que les dió acogida el cielo
 Por su virtud y suerte conquistado,
 No á todos muestran su callado vuelo.

LEUCIPO.

Grandes cosas, pastor, nos has contado:
 No digas más, que tales maravillas
 No son para contar entre el ganado.
 Erizado el cabello en solo oillas,
 Entre el temor y mi gaban revuelto
 Apenas te he escuchado de rodillas,
 Que el seso y discurrir mas libre yuelto
 De un ignorante y simple pastorcillo
 No llega á tanto como tú has revuelto.

ALCEO.

Calla por Dios, carillo, que de miedo
 Estar aquí no puedo: un caso extraño
 Oí contar antaño á un ganadero
 Que era medio agorero, que en la tierra
 Donde la luz se cria y abre al mundo,
 Hay un valle profundo, en que vivía
 Un pastor que entendia los conciertos
 De los bosques cubiertos de deidades,
 Y los cursos y edades de las cosas,
 Que por sernos dudosas las tenemos

Del hado, que entendemos ser divino.
 Este supo el camino mas seguro,
 Y un dia todo oscuro, negro y fiero,
 Estando el estrellero contemplando,
 Por donde, como y cuando el cielo rueda,
 Con una frágil rueda de palillos
 A ciertos pastorcillos enseñaba
 Que la luna hurtaba al sol la lumbre,
 Y una sola vislumbre dél tenía;
 A cuyo fin de dia no alumbraba,
 Antes huyendo andaba de su vista;
 Y que tambien fue vista, no sé cuando,
 En un monte acechando á un pastorcillo,
 Que yo no oso decillo por el mundo
 Que lo contaba todo el hechicero;
 Y diz que, compañero, arrebatada
 La luna disfamada, en presto vuelo
 Se vió caer del cielo ardiendo en ira,
 Y al agorero mira, que ya estaba
 Temblando, y la adoraba arrepentido:
 Mas nunca ha parecido vivo ó muerto;
 Donde se entiende cierto que la luna
 Allí sin duda alguna lo tragase.

ALCINO.

Pastor, lo dicho pase, y habla paso
 No nos oyan acaso las estrellas,
 Y hagan tambien ellas, pues que pueden,
 De modo que nos veden que tratemos,
 En lo que no entendemos desta suerte.

LEUCIPO.

Pastor discreto, advierte que mis cuentos

Van de llaneza y de verdad vestidos,
 Desnudos desos vanos fingimientos:
 Ser pueden sin escrúpulo admitidos
 De que te dé la muerte en oro envuelta
 Mi zampona á beber por los oidos.
 Mas si el estrecho miedo no te suelta,
 Porque cobre calor la sangre helada,
 Daré al discurso y mi intencion la vuelta,
 Y dejaré una historia comenzada,
 Que en mí no tendrá fin, por mas que vuelen
 El tiempo y nuestra edad acelerada.

ALCEO.

Cantemos, si os agrada, como suelen
 Cantar en otras tierras los pastores,
 Canciones de placer que nos consuelen.
 Tambien yo sé cantar y sé primores,
 Y las musas pasaron por mi casa,
 Y les hurté de sus guirnaldas flores.
 Pocos hay que á mis versos pongan tasa,
 Que como algunos piensan soy poeta,
 Y á mí por pensamiento no me pasa.
 Es mi zampona rústica, imperfecta;
 Es grosera mi voz, y así no es justo
 Que el ansar entre cisnes se entremeta:
 Mas si ahora, pastor, no te es disgusto
 Tal cual mi canto fuere comenzemos,
 Tuyo será el honor y mio el gusto.

LEUCIPO.

De ciento que yo sé ¿cual cantaremos,
 Que son todos cantares de pastores,
 Y no hay porque ninguno desechemos?

ALCINO.
 Cantemos á las ninfas sus amores,
 O á los bosques loemos su frescura,
 O á nuestras pastorcillas sus primores.

LEUCIPO.
 ¿Aquel cantar te agrada por ventura,
 Que dice: *O mi bien solo Galatea?*
 ¿O el que comienza: *Vida mal segura?*
 ¿O quieres que cantemos de la aldea?
 ¿O aquel: *Pastora mía atiende ahora?*
 ¿O el otro: *Quien me escucha no me crea?*

ALCEO.
 Dinos el que una noche á tu pastora
 Cantabas aguardando su venida,
 Que empieza: *Oyeme Olimpia burladora.*
 La letra, mas no el tono se me olvida,
 A otra vez que la cantes yo me obligo
 Que sin errar te la diré cumplida.

LEUCIPO.
 No, mas otro cantar te diré, amigo,
 Que dice: *Nadie hay libre de mudanza,*
Y desto solo el tiempo es buen testigo.
 Que ya ví yo en el bien de mi esperanza
 Estimar mucho aquello que venido
 Ni me dió gusto, ni ofreció holganza.
 Pues tras esto un placer recien perdido
 ¿Quien no lo estima á peso de la vida,
 Y no es pasado cuando está en olvido?
 Aquel verdor, aquella edad florida,
 Aquel entendimiento celebrado,
 Y en tierna edad virtud tan conocida,

De Dafnes el pastor sabio envidiado,
 Del grosero gaban, sin culpa alguna
 De su cabaña y montes desterrado;
 Ya para con sus cosas la fortuna,
 Y el hado le subió dó estando quedo
 Contempla las mudanzas de la luna.
 ¡O humano laberinto! ¡O ciego enredo!
 ¡O muerte, que en tratarte cada dia,
 Ni nos despiertas ni nos pones miedo!

ALCEO.
 Ese, pastor, no es canto de alegría:
 Truëca las voces, regocija el canto,
 Que yo alegres cantares te pedia.

LEUCIPO.
 Esta será mi música, entretanto
 Que la muerte que busco no me lleve
 A ver la causa de mi nuevo llanto;
 Y éste que ahora de mis ojos llueve,
 Conmigo poco á poco se consume,
 Como en la tierra con el sol la nieve.
 O pastor sabio, donde puso en suma
 El tiempo mas que bienes temporales,
 Aunque en tí fueron de liviana espuma:
 El cielo que te dió los inmortales,
 Que dar pudo á las selvas y pastores,
 Borra en mí de tu muerte las señales.
 ¿Quien cantará á las ninfas sus amores?
 ¿O quien les sembrará ya por la tierra
 Floridas yerbas y olorosas flores?
 Todo será discordia, llantos, guerra,
 Pues ya la paz se ha retirado al cielo,

Y en él segura de bajar se encierra.
 Solo queda, pastores, por consuelo,
 Que si un Dafnes famoso hemos perdido,
 Otro Dafnes igual le quedó al suelo.
 La mitad es del otro dividido,
 Que ambos eran un cuerpo con dos vidas,
 Y en el uno las dos se han convertido.
 Este hará guirnaldas mas floridas;
 Antes del fresco abril las claras fuentes
 En verdes sombras las tendrá escondidas;
 Que en encantar con versos las serpientes
 El nuevo Dafnes, y en estilo altivo,
 Se aventaja con dones excelentes
 Al muerto, lo que va de muerto á vivo.



EGLOGA NONA.

La armonía del suave canto de los pastores, dulcemente acordada al murmurar del claro arroyo que de la fuente salia, en tanta dulzura nos entretuvo, que como si por nosotros ningun tiempo pasara pareció que en aquel punto se comenzase: mas como ya de los altos montes las mayores sombras caian, dejando el agradable sitio y descubriendo de léjos los alegres humos de nuestras chozas, despedidos unos de otros cada uno guió á la suya, donde mitigando la hambre con tiernas castañas y copia de cuajada leche, en los pajizos lechos dimos al reposo la parte que le cabia. Y no tan presto el importuno gallo con su breve y desabrido canto anunció la nueva luz, y los pajarillos en los verdes ramos la saludaron, cuando por entre los árboles apenas restituidos en sus perfetos colores salió el afligido Clarenio tan envuelto en lágrimas y tristezas, que en su sobrecejo y mal peinada cabellera, sin ver las que sus mejillas humedecian, se echaba claro de ver el desasosiego que en su alma la poderosa fuerza de algun dios le habia infundido. Y arrinconado junto á unas secas y espinosas zarzas, sin hacer al nuevo sol la acos.